

---

## CAPÍTULO II.

### Serie lógica de las principales cuestiones Europeas.

El asunto capital de la política europea es el sentido dado por la cancillería germánica y el canciller Bismarck al pacto diplomático de alianza estrecha entre Prusia y Austria. Mucho ha costado al grande político reducir á satélite suyo el sol en torno de cuyo disco había por tantos siglos girado su patria. Los dos gérmenes de nación, el electorado humildísimo de Brandeburgo y el espléndido ducado de Austria, divididos por sus caracteres geográficos y religiosos, debían en una competencia sin término tirar cada cual de su lado á reunir en torno suyo las fuerzas de su raza, tan anárquicas y disgregadas por el natural individualismo germánico, abocado de suyo siempre á las divisiones atomísticas en que sólo quedan las individualidades aisladas. Por estas inclinaciones irremediables á la division parcialísima, no hubo pueblo en la tierra tan necesitado de un verdadero núcleo como el pueblo alemán. Sus ciudades mu-



nicipales y republicanas, sus electores poderosos, sus reyes varios, sus príncipes eclesiásticos, sus señores feudales, eran atraídos por centros varios, como esos crepúsculos brillantes diseminados y esparcidos por los espacios cuasi al acaso, que concluyen por obedecer y rendirse al astro mayor, en cuya esfera de atracción penetran. Naturalmente, las dos ideas que se habían dividido la conciencia germánica, los dos altares que se habían trocado en fortalezas, los dos campamentos de las guerras religiosas, los Austrias y los Brandeburgos, habían de aspirar, personificación éstos de los luteranos, personificación aquéllos de los católicos, á producir y crear una Germania grande, á su imagen semejanza. En la revolución religiosa, por la fuga de Inspruk y el desacato de Mauricio de Sajonia; en la guerra de los treinta años, por la paz de Westphalia; en la guerra de los siete años, por el establecimiento definitivo de la monarquía prusiana, las fuerzas católicas iban de vencida por necesidad al empuje impetuoso de las fuerzas protestantes. Pero vino el Imperio napoleónico, que descompuso el mapa de Alemania, y tras el Imperio la Santa Alianza, que promovió un terrible retroceso; y Austria quedó con predominio sobre Alemania, el cual contrastaría la creadora revolución del cuarenta y ocho, hasta que lo destruyera para siempre la terrible batalla de Sa-

dowa. He indicado á la ligera estos recuerdos para explicar cuán irreductibles son á una síntesis elementos tan contradictorios como Alemania y Austria, y cuántos esfuerzos y aún sacrificios ha necesitado consumir el Canciller para poner olvido en las venganzas, bálsamo en las heridas, honor en las derrotas, consuelo en los destronamientos, persuadiendo al Austria de que todo el secreto de su política estaba en trastocar la enemistad antigua en profunda y constante amistad, precursora de una inviolable alianza. Y en efecto, Austria es hoy el órgano de Alemania en Oriente.

La Germania que rodeó de tribus enemigas é irruptoras el antiguo Imperio romano, hállase hoy á su vez por análogas amenazas circuida en todas sus fronteras del Norte y del Oriente. La raza eslava y la raza mongólica, el Imperio moscovita y el Imperio turco, contrastan su poder como en otro tiempo los godos y ostrogodos del Danubio, los cimbrios de los Alpes, los alemanes del Rhin, contrastaban el poder latino. Alemania necesita, pues, que una potencia verdaderamente alemana ejerza predominante tutela sobre los jóvenes pueblos eslavos y sobre los viejos pueblos turcos. En la descomposición del Oriente, donde no se sabe qué admirar más, si los seres en germen ó los seres en podredumbre, no puede suceder cosa tan grande como el nacimiento de las naciones eslavas



y como la muerte del Imperio turco sin que Alemania intervenga directamente y saque algun provecho de tan graves acaecimientos. Además, no hay nacionalidad poderosa en el mundo si carece de salidas hácia el Mediterráneo ó de colonias en los grandes archipiélagos y continentes de Asia, de Africa y de Australia. Alemania, pues, cree necesitar que una potencia verdaderamente alemana penetre por las riberas del Adriático en el corazón de Europa y pese con tanta pesadumbre á su vez en la península de los Balkanes que le abra un camino hácia el continente de los grandes recuerdos y de las provechosas colonias. Imposibilitada Prusia por el ministerio que ha de realizar en el inmenso campo germánico, de vaciar su vida y sus fuerzas fuera, quiere á toda costa que Austria, en cuyo seno habitan los cheques, los rutheños, los croatas, los eslavos de todas procedencias, realice una hegemonia sobre las nacionalidades eslavas del Sur, como tiene Rusia realizada y cumplida otra hegemonia sobre las nacionalidades eslavas del Norte. Así quita cada vez más su carácter germánico al antiguo Imperio de Carlos V y al antiguo ducado de Austria, para sellarlos con el oriental sello de los húngaros y para dirigirlos á los senos procelosos del formidable y temido eslavismo. No hubiera, no, Prusia cumplido su obra providencial con despedir á los austriacos de la

Confederacion germánica, si no les hubiera señalado el camino de Oriente, abierto á las proezas de su genio. Así Austria rige, siquiera sea nominalmente, á Hungría; concuerda, siquiera sea en apariencia, la voluntad de los rumanos desprendidos de su patria con la voluntad de los magyares y de los croatas; ejerce una tutela sobre los bosniacos semieslavos y semimongoles; atrae al radio de su atraccion Servia y Bulgaria, solicitadas de continuo por el inmenso Imperio ruso; y poniendo los ojos en Salónica, una entre las primeras claves de la península balcánica, demuestra que no consentirá en paz la rusificacion de Constantinopla cuando llegue de nuevo el dia tremendo, dia verdaderamente apocalíptico, en que los cristianos bizantinos lleguen á desquitarse de su terrible rota y á reivindicar su antiguo Imperio.

Pero algunas veces el Austria suele fatigarse al contemplar el proceloso camino que le señala en las tristes eventualidades de lo porvenir su terrible paraclito el canciller Bismarck, y tiende á detenerse con algun espacio en las cuestiones interiores húngaras ó germánicas. Pero cuando tal hace, levántase el férreo Canciller con imperio á decirle aquella palabra oida por Ahasverus de continuo en los aires: «Anda, anda, anda.» Y no tiene más remedio que andar, pues de lo contrario la enemiga de su implacable dominador se des-



encadenaria contra el Austria, rompiéndola en mil pedazos como el fuerte oleaje á la frágil barca en los remolinos de la tormenta. Austria no es más que Alemania en Oriente. Esos partidos austriacos tan soñadores que creen posible tener una intervencion directa en los asuntos germánicos, han de resignarse á vivir como Dios les dé á entender allá en las fronteras semiaustriacas del Imperio turco y del Imperio ruso, donde tienen todavía un ministerio histórico que cumplir y un papel providencial que representar en pro de la grande patria alemana. Tal es la orden imperiosa ida últimamente á Viena desde las tristes soledades de Varzin, pobladas tan sólo con los ensueños gigantescos que al fin de sus dias llenan como nubes en el ocaso la vasta mente de Bismarck.

Si Austria vacila; si alguna vez recuerda que Prusia se ha engrandecido quitándole dominios morales y dominios materiales en Alemania; si compara sus desgracias con las desgracias francesas y recuerda que han ido á la par en estos últimos tiempos; si tiene alguna veleidad occidental; si pretende algun género de influencia sobre sus antiguos vasallos como Baviera ó como Sajonia; el Canciller no tarda en amenazarla nada ménos que con una alianza moscovita, lo cual equivaldría en último término al Juicio final del austriaco Imperio. Ahora mismo, con ocasion de la últi-

ma correría del ministro ruso Giers, la prensa prusiana unánime ha recordado á los austriacos qué implacable indiferencia suele tener Bismarck en sus alianzas, y cómo le daría lo mismo unirse con Austria para vencer y aplastar á Rusia, como unirse con Rusia para vencer y aplastar al Austria. El mismo Katkoff, es decir, el publicista á quien los eslavófilos de Moscou tienen por su oráculo, ha dicho que no vería con desplacer una estrecha alianza entre los dos Imperios, moscovita y alemán, de antiguo unidos por tan estrechos y formidables lazos. Y todo esto ha sobrevenido porque Kalnoky, el primer ministro de la monarquía austro-húngara, ha preferido en estos últimos tiempos fijar más su atencion sobre los asuntos germánicos que sobre los asuntos orientales, y Bismarck quiere que Austria vaya de continuo y sin descanso al Oriente. Así, le ha recordado que tienen los dos Imperios germánicos una estrecha alianza cuyo principal objeto es asegurar á Prusia la posesion de Alsacia y de Lorena, como sostener al Austria en Oriente y empujarla en las complicadas eventualidades de lo porvenir hácia la codiciada Salónica. El pensamiento de Bismarck está claro. Para Prusia todos los pueblos alemanes del Norte y del Mediodía, sin excluir á la Baviera y al Austria, y para el Austria una verdadera hegemonia sobre los elementos eslavos de todo el Mediodía.



En tal repartición de las fuerzas alemanas, Austria está irremisiblemente condenada como salió un día de la Confederación germánica tristemente, á salir otro día del territorio germánico y convertirse por ensalmo en una potencia oriental de carácter semiasiático. Por tal razón, sin duda, los partidarios más fieles de tal dinastía, en estas últimas horas de su dominación y en estos últimos instantes del año, han redoblado sus muestras de lealtad y de cariño á esa gigantesca sombra. La casa de Hapsburgo reina desde el 27 de Diciembre de 1283, es decir, que reina hoy hace seis siglos. Rodolfo I invistió en Auxburgo á sus hijos Alberto y Rodolfo con los ducados de Austria, Estiria y Carniola, desprendidos de Bohemia y que debían formar los núcleos del inmenso Imperio próximo á desaparecer de Alemania. Tal dinastía, hechura de un caballero feudal en quien se juntaban las condiciones del terrateniente germánico y del condotiero italiano, alzóse más tarde con Bohemia y Hungría, reinó en España, Portugal é Italia, tuvo á su merced los Países-Bajos y una gran parte considerable de Francia, imperó en Alemania, y extendiéndose como un sueño por las tierras occidentales y orientales del planeta, poseyó las dos Indias, siendo la cruz de su corona imperial, unida con la cruz de la tiara pontificia, el remate de la tierra, esmaltado por los resplan-

dores del cielo. Durante muchos siglos, Austria, enemiga de Suiza y sus republicanos, enemiga de los protestantes en Alemania, enemiga de los comuneros en Castilla, enemiga de los holandeses, carcelera de Venecia y Milan, acaparadora de Polonia y sus restos, ha representado la estabilidad monárquica y ha servido á la reacción universal. Hoy el destino la expulsa de Alemania y la obliga fatalmente á ser una especie de Imperio asiático. Esto, después de todo, prueba cómo los viejos poderes tradicionales nada tienen que hacer ya en la libre y democrática Europa.

Como siempre, Francia llama capitalmente nuestra atención, y en Francia, el debate sobre la gestión económica. Jamás ningún presupuesto embargó los sentidos y potencias de un pueblo, como ha embargado el presupuesto último los sentidos y potencias del pueblo frances. Desde principios del otoño comenzaron á sentirse múltiples síntomas de malestar, graves en todas partes, gravísimos en democracia tan trabajadora de suyo como la democracia de allende. Bajaban á una todos los valores y á una se resentían todos los ingresos. Los más apasionados por la forma republicana sentíanse doloridos de una situación que dañaba por extremo á la República, la cual, ó no es nada, ó es el seguro universal de todos los intereses legítimos. En esto apareció un artículo del antiguo



ministro M. Leon Say, economista ilustre, y en este artículo un terrible augurio de próximas catástrofes en la triste y malparada Hacienda. Tal artículo produjo indignacion grande, por creer, y con fundamento, el sentido comun, tan certero en fijar las cosas universalmente sentidas, que cuadraba mucho más á un ministro el prevenir todos esos males desde las alturas del Gobierno con oportunidad, que deplorarlos inútilmente desde los bancos de oposicion á deshora. Pareció tan extraño el proceder y tan inexplicable, que los recelosos vieron todos en la obra científica del economista un golpe certero á la República, y en el golpe una conjuracion urdida con maquiavelismo á favor de los Orleans. El rumor público tomó tales proporciones, que Leon Say hase visto en conciencia obligado á templar muchas de sus primitivas afirmaciones y á reconocer que depende todo el mal-estar de un trabajo, al fin y al cabo reproductivo, es á saber: del enorme caudal consagrado en estos últimos años á obras públicas, las cuales con seguridad trasformarán el suelo de Francia y enriquecerán su cuantioso presupuesto.

No han faltado en esta campaña parlamentaria las arriesgadas proposiciones económicas que allá en la oposicion se acarician y que, una vez en el poder, se desvanecen. La derecha, por boca de un excelente orador suyo, ha exigido cien millones

de rebaja. Y como le preguntáran sobre qué género de gastos, ha remitido su rebusco al Sr. Ministro de Hacienda. Y cuando, acosado éste, ha insistido en que se le señaláran las oficinas ó gravámenes que debia en tal apuro abrogar, le han señalado los reaccionarios la instruccion pública, cual si el deber de doctrinar á las generaciones nacientes no fuese ya el primero entre los deberes sociales. La oracion del Ministro de Hacienda, M. Tirard, más informado que sus contradictores, ha venido á desvanecer las añejas dudas y á encalmar los ágitados ánimos. Miéntras en el gobierno de la Restauracion solamente se consagraban 27 millones de francos para el deber de amortizar la deuda, en el presupuesto de la República se consagran hoy 137 millones, con lo cual se han amortizado, desde el año 71, 2.200 millones de deuda. Nada tan saludable para desvanecer dudas y aplacar temores como la luz vertida por los debates parlamentarios.

Una larga discusion se ha empeñado en Italia sobre tema de la mayor gravedad, sobre el juramento político. Fórmula tan opuesta en su letra y en su espíritu al derecho de la humana conciencia, mostrará en la lógica real y objetiva de los hechos su incompatibilidad radicalísima con todo el espíritu moderno, promoviendo continuas dificultades en el seno de las Cámaras. No se puede,



no, en sociedades asentadas sobre la base capital de la soberanía de los pueblos, y ceñidas con los derechos inviolables de la humana conciencia, proferir esas fórmulas, cuyo texto liga lo eterno, el alma y su fe, á lo transitorio, el poder y su organismo. Allí donde la monarquía proviene del pueblo y se asienta en el plebiscito, están demas los votos feudales y teocráticos, propios de los tiempos férreos y de las sociedades teocráticas. El Estado, forma externa del derecho interno, debe limitarse á procurar la coexistencia de las personalidades libres en sus respectivas autonomías, como se limita el espacio á dar sus respectivas órbitas á los diversos cuerpos astronómicos. Por eso los poderes públicos han de reducirse á exigir la obediencia material, y no el asentimiento interno, que sólo tienen derecho á recabar las religiones de las conciencias que creen sus dogmas y obedecen su moral. Nunca están más cerca de caer las monarquías que en los momentos de superstición, ajena por completo á la crítica moderna, en que se las quiere sacar de su carácter constitucional y laico para convertirlas en una especie de divinidad metafísica y abstracta. Reino tan revolucionario como el reino de Italia no debía nunca tener fórmula tan arqueológica y feudal como la fórmula del juramento.

Así es que un diputado exaltadísimo, al entrar

en la Cámara, se negó á prestar el juramento, un diputado por Macerata, de cuyo nombre no queremos acordarnos, pero á quien estamos en la obligación de aplaudir, no por las exaltaciones de sus sentimientos políticos, por la resistencia incontrastable á la fórmula humillantísima del juramento político. Yo de mí sé decir que si la libertad de nuestra gloriosa tribuna y la tolerancia de nuestras arraigadas tradiciones parlamentarias no me hubieran permitido en su amplitud dar por nulo y no advenido el juramento á D. Alfonso XII, jamás lo hubiera prestado, porque yo puedo acatar y obedecer al Rey, pero no puedo servirle y mucho menos exaltarle con homenajes internos tan extraños á la naturaleza de mi derecho como á la naturaleza de su autoridad. En las Cámaras italianas hoy no existe la libertad de palabra impuesta por las costumbres en las Cámaras españolas. Y no tiene más medio el diputado resistente á la feudal fórmula que abandonar el Congreso é irse á su casa. Tal ha hecho el diputado por Macerata. Mas, al dejar desocupado su sitio, ha surgido el problema de su representación, y al surgir el problema de su representación, el Ministerio ha propuesto una ley en cuya virtud quedan vacantes los distritos de los injuramentados despues de trascurrido cierto tiempo; ley verdaderamente reaccionaria para presentada por un Ministerio progresivo.



Así, todos los elementos conservadores se han apresurado á inclinarse del lado ministerial para darle al Ministerio su color, sabiendo, como saben, cuánto gana un partido cuando sus ideas fundamentales y propias las aceptan y validan los más implacables adversarios. Pero miéntras han procedido así los conservadores, por deber y por necesidad se han ausentado los liberales, y entre todos ellos el más venerable y querido, el célebre Cairolí. Todos á una en todas partes, áun sus mayores enemigos, confiesan que pocos espectáculos tan admirables como la presencia de tan verdadero héroe, que ha dado á la patria los mejores entre los suyos, jefe de una legion de mártires y que lleva las cicatrices abiertas en defensa de la persona del Rey, levantándose á protestar contra el entusiasmo sobrado realista de sus platónicos y ojalateros correigionarios y amigos. Á quien más han alcanzado sus justas reconvenciones ha sido al Ministro de Justicia, Zanardelli, quien, de suyo inclinado á las ideas radicales, cambia con tanta facilidad y presenta proyectos de ley, por lo ménos, arriesgados y temerarios. El viejo Depretis, como le llaman familiarmente sus amigos, se ha presentado en el combate con todos los ardores de la juventud entusiasta y todos los prestigios de la vejez honrosa. Para él no pueden dar los diputados italianos muestra mayor de ciega ingratitud

que negarse á jurar fidelidad al primogénito de aquel que, habiendo hecho la patria, la representa y la personifica en su descendencia. El diputado Crispi ha respondido al Ministro; y sin caer de lleno en la extrema izquierda ni tocar en los linderos de la República, sobria y prudentemente ha expresado el deseo de ver circuida la monarquía italiana por instituciones democráticas. La verdad es que los servicios prestados por la Casa reinante á su patria tienen poco que ver con la fórmula verdaderamente arqueológica de tamaño increíble homenaje. Ó hay que negar toda legalidad á los partidos republicanos, expulsándolos del suelo de la patria como los viejos Estuardos expulsaron á los inmortales peregrinos del seno de Inglaterra, ó hay que reconocer los derechos inviolables del humano pensamiento á la profesion y á la confesion de su fe. Nosotros creemos que la conciencia permanecerá esclava miéntras acepte fórmulas coercitivas del Estado ajenas á su natural inspiracion, y que los hombres no llegarán á ciudadanos miéntras presten acatamiento eterno á poderes movibles y transitorios.

Un asunto no ménos grave que las fórmulas parlamentarias ha exaltado la opinion y la conciencia pública en estos últimos dias. Cierta estudiante de Trieste, más eslavo que italiano, así por su nombre, Orbendak, como por su complexion,